

Argentina:

El peronismo sin Perón

A un año de la muerte del general Juan Domingo Perón, en medio de una grave crisis política que ha puesto al país en una situación de virtual guerra civil, se efectuaron varios oficios religiosos en memoria del desaparecido caudillo justicialista. Las misas de réquiem que se celebraron en la Argentina y en México, inclusive, y que estuvieron caracterizadas por la separación de los bandos en pugna, parecen señalar el comienzo de los funerales de un peronismo deformado y desvirtuado históricamente, por quienes han demostrado ser absolutamente incapaces de comprender las transformaciones que se operan en el mundo y los cambios que hacen avanzar a la humanidad, como advirtiera el propio Perón poco antes de morir, hacia una nueva sociedad de paz, justicia y libertad.

Tardías fueron, empero, las advertencias. Sigilosas y reptantes, en nombre de Perón y aprovechándose de los vínculos del parentesco, las fuerzas contrarrevolucionarias se encaramaron en el poder, cuando todavía el viejo general de los descamisados se consideraba el supremo aglutinador de las fuerzas peronistas. El tiempo, como fuerza inexorable de la conjura, pudo más que la voluntad de un hombre que ya estaba, desgraciadamente, vencido por la muerte. Y así se cerró el cerco como un anillo de fuego para que proceda el rito del traspaso de los fluidos magnéticos del cuerpo inerte a los herederos de la gloria. El aquelarre siniestro, sin embargo, fue una farsa que terminó con la simulación, invocando el mito de Perón y la continuidad constitucional, como argumentos necesarios para sostenerse en el poder con el apoyo del pueblo.

Muy pronto se descubrió que el gobierno que presidía la viuda de Perón derivaba hacia un régimen autoritario. Las condiciones que parecían justificar la continuidad constitucional ya no existían. Las vías democráticas fueron cerradas de hecho, cancelándose las libertades fundamentales, el derecho de reunión y de libre expresión de las ideas, para señalar unos ejemplos. Con la finalidad de intimidar a los ciudadanos se implantó el terror y muchos argentinos fueron asesinados, desatándose una ola de violencia y de crímenes que hasta la fecha siguen impunes. En lugar de restablecer las libertades democráticas y abrir las puertas al diálogo, al entendimiento y la comprensión dentro de un régimen de derecho, el gobierno prefirió exigir disciplina y más trabajo, mayor producción; es decir, la ciega e incondicional obediencia que suelen imponer las dictaduras.

A pesar de que en la Argentina fracasó el desarrollo capitalista autónomo, debido a la explotación neocolonial y consiguiente saqueo de las riquezas naturales por las empresas monopolistas extranjeras, especialmente norteamericanas, no obstante de que el proceso de desnacionalización de la economía continúa en virtud de las concesiones hechas a las corporaciones transnacionales y de que el llamado pacto social, después de todo, solamente sirvió para empobrecer más a los trabajadores que tienen que pagar cada día más por los artículos de primera necesidad mientras sus salarios no reciben incremento alguno, en aras de la forzada conciliación con los intereses de los empresarios, la presidenta María Estela Martínez invitó a los argentinos "a producir más" y reprochó a los trabajadores por no haber cumplido con las promesas hechas a Perón de trabajar más a fin de producir más.

Ahora resulta que los culpables de la crisis nacional y del desbarajuste económico son los trabajadores. Cabe recordar, empero, que fue Perón el que poco menos que ofreció la "tierra prometida" en el sueño de un paraíso justicialista. Intentó, es cierto, establecer un equilibrio patronal-obrero y alentó un desarrollo con participación de los trabajadores mediante un Congreso de la Productividad, pero al final de cuentas la productividad en el criterio empresarial significa más trabajo para lograr una mayor producción sin un sentido de justicia social. El general Perón, es justo reconocerlo, en el transcurso de su vida prometió mucho y trató de convertir en realidades concretas sus proyectos, pero no pudo ir más allá del reformismo. Habló del socialismo nacional y declaró que su único heredero es el pueblo, pero la realidad objetiva nos muestra una situación distinta.

Quedaron las palabras y el recuerdo de los días de la esperanza con el triunfo popular, pero en los hechos concretos la contrarrevolución en nombre del peronismo se endurece, desconoce los acuerdos paritarios para el mejoramiento salarial de los trabajadores, impone la austeridad a costa del hambre del pueblo, anuncia una economía de guerra y exige más trabajo y disciplina. Pero el combatiente argentino de la liberación nacional no se deja intimidar tan fácilmente. El dirigente de los Montoneros y antiguo líder de la juventud peronista, Mario Firmenich, declaró el 20 de junio último que "el proyecto peronista de gobierno es ya una fase superada". Y agregó que ahora se lucha "por un régimen socialista de carácter nacional". Por primera vez criticó a Perón calificándolo como "un hombre a quien le faltó audacia revolucionaria". Dijo, además, lo siguiente: "Perón cometió muchos errores por los que estamos pagando ahora muy caro; pero el principal fue permitir que López Rega y su gente creciera en el gobierno".

En tanto que el mito de Perón solamente sirve de propaganda para los fines de la contrarrevolución en el poder, la juventud revolucionaria plantea un proyecto histórico nacional que corresponde al mundo en que vivimos. La clase trabajadora organizada, conciente de su rol principal en la transformación de la sociedad, se rebela contra la dirección burocrática y corrompida y desconoce a los falsos apóstoles del justicialismo que desde el gobierno niegan a los trabajadores sus justas demandas de reivindicación económica, política y social. En estas circunstancias, es fácil observar que solamente la unidad revolucionaria hará posible lograr el objetivo de la liberación nacional. El peronismo sin Perón es el movimiento revolucionario socialista que marcha hacia el futuro. Los obreros y la juventud seguramente saben que en este empeño no cabe una vuelta al pasado, ni a los años de las promesas ni con los hombres que frustraron las esperanzas. Esta es la hora en que comienza la verdadera Revolución Argentina.